

5. De la muerte a la vida

La fe no debe hacernos creer únicamente en la Resurrección como si fuera una realidad aislada, sino en la Resurrección que, con el don de la presencia del Señor, renueva nuestra vida y el mundo entero. Pero, ¿cómo ocurre esto? ¿Cómo podemos experimentar hoy esta renovación obrada por el Principio de todas las cosas, que es el Verbo de Dios encarnado, muerto y resucitado por nosotros?

Jesús nos dice: “Mira, hago nuevas todas las cosas” (Ap 21,5). ¿Cómo ocurre esto? ¿Cómo permitimos efectivamente que Cristo resucitado lo renueve todo, que nos renueve totalmente, que reconstruya las ruinas, que rejuvenezca nuestra vejez, que reúna todo en la integridad armónica que hemos perdido?

En primer lugar, debemos recordar que el Señor no hace todo esto como un héroe que viene a conquistar el mundo, como un Superhombre que viene a salvarnos con poder y esplendor: lo hace como un padre, un buen pastor, un amigo que tiene compasión de nosotros. De hecho, en el Apocalipsis, este anuncio de victoria del Resucitado va precedido de una promesa de consuelo: “«He aquí la morada de Dios entre los hombres, y morará entre ellos, y ellos serán su pueblo, y el ‘Dios con ellos’ será su Dios». Y enjugará toda lágrima de sus ojos, y ya no habrá muerte, ni duelo, ni llanto ni dolor, porque lo primero ha desaparecido” (Ap 21,3-4).

La victoria de Cristo sobre todo lo que nos lleva a la muerte es su presencia, que seca nuestras lágrimas y vence todo motivo de tristeza: la muerte, el duelo, el lamento y la angustia.

“Enjugará toda lágrima de sus ojos”.

“Mira, hago nuevas todas las cosas”.

La novedad que Cristo ha traído al mundo es, ante todo, su consuelo, aquel que seca todas las lágrimas, aquel que alivia todo duelo y dolor. ¡Solo el consuelo de Cristo renueva el mundo! La verdadera novedad y victoria del Resucitado es el consuelo de su presencia.

De hecho, la primera gran testigo de la Resurrección de Cristo, santa María Magdalena, reconoció a Jesús en aquel que, en cierto sentido, le secaba las lágrimas: “Jesús le dice: «Mujer, ¿por qué lloras?, ¿a quién buscas?». Ella, tomándolo por el hortelano, le contesta: «Señor, si tú te lo has llevado, dime dónde lo has puesto y yo lo recogeré». Jesús le dice: «¡María!». Ella se vuelve y le dice: «¡Rabbuní!», que significa: «¡Maestro!»”. (Jn 20,15-16)

Pero este paso de las lágrimas a la alegría por la manifestación del Resucitado es señal de cómo se realiza en nosotros y a través de nosotros la renovación de todo lo que la Resurrección de Cristo hace posible.

El Lunes de Pascua me llamó la atención la breve lectura de la Novena Hora, tomada de la segunda carta a Timoteo: «Es palabra digna de crédito: Pues si morimos con él, también viviremos con él» (2 Tim 2,11).

En el original griego y en la traducción latina —«*si commortui sumus, et convivemus*»— esta frase es aún más concisa y podríamos traducirla así: «Si conmorimos, con-vivimos».

¿Qué significa esto? En primer lugar, que nuestra resurrección y nuestra renovación implican la muerte, un paso a través de la muerte. Al mismo tiempo, comprendemos que lo esencial para vivir este paso pascual es estar con Cristo, es la comunión con Él. Esto significa que para resucitar, para renovar las situaciones de muerte en las que nos encontramos, debemos ante todo empezar por vivir con Cristo nuestra muerte, por vivir con Cristo nuestras situaciones de muerte. El camino hacia la renovación es atravesar con Cristo toda condición y situación de muerte que conlleva nuestra condición humana de pecadores. Antes de la resurrección, debemos acoger del Resucitado la gracia de poder morir con Él, de vivir con Él nuestra muerte.

Debemos reconocer que, normalmente, en lugar de acoger esta lógica pascual de la renovación, nos conformamos con asegurarnos la supervivencia; es decir, querríamos que Cristo nos renovara sin resucitarnos de entre los muertos, sin pasar por el morir con Él. Tenemos miedo a la muerte porque no tenemos verdadera fe en que «si morimos con Él, también viviremos con Él». No confiamos en que la compañía de Cristo baste para vencer a la muerte, baste para pasar de la muerte a la vida. El miedo a la muerte nos bloquea en la confianza en Cristo, en el abandono a su presencia que nos salva. Vivimos todas nuestras situaciones de muerte como niños que, aunque el papá les lleve de la mano, no aceptan atravesar una habitación oscura o un sendero intransitable para llegar a la luz o a la cima de la montaña.

Pero Jesús, al resucitar y manifestarnos su presencia, y asegurándonos que estará con nosotros todos los días hasta el fin del mundo (cf. Mt 28,20), nos ha revelado y ofrece a nuestra fe no solo atravesar momentos y situaciones difíciles, sino situaciones de muerte, y la muerte misma. Cristo ya no es solo un buen pastor de confianza, como un guía de montaña, que nos permite atravesar un valle oscuro. Cristo nos permite atravesar hacia la resurrección la muerte misma, y las situaciones en las que todo está perdido, todo está destruido, todo ha terminado. Este es el significado de «morir con Él» que san Pablo nos anuncia como camino de vida.

Pero, ¿qué significa realmente morir con Cristo? ¿Qué hace que esto sea posible? Es difícil imaginar y comprender por qué muerte debemos pasar. Nuestra muerte es un paso por un valle oscuro que no podemos describir. Pero eso no es lo importante: lo importante no es comprender la muerte, sino permitir que la presencia de Cristo nos acompañe al atravesarla. Para morir con Cristo, lo importante no es elegir la muerte: esta se presenta por sí sola, forma parte de la condición humana. Lo importante, en cambio, es elegir estar con Cristo, elegir acoger su presencia como la luz amiga que nos hace pasar de la muerte a la vida, sea cual sea la muerte que se nos pida afrontar. Puede ser la enfermedad o la vejez, puede ser la fragilidad del pecado, puede ser el desmoronamiento de las relaciones que nos sostienen, puede ser la pérdida del trabajo, de la seguridad, de la paz. Puede ser la fragilidad de

nuestra comunidad, que nos pide mucho más de lo que nos da. Puede ser la crisis de una época, como la que atravesamos hoy. Puede ser la guerra o la opresión impuestas por el «delirio de omnipotencia» que el papa León XIV sigue denunciando. No sabemos qué muerte nos espera, por qué valle oscuro tendrán que pasar nuestra vida, nuestra comunidad, nuestro pueblo, el mundo entero.

¡Pero Cristo ha resucitado! Y esto no significa que todo esto desaparezca, ¡al contrario! Significa, por el contrario, que en todo esto se nos concede morir con Él para vivir con Él. Todo se transforma en una renovación imposible pero real, porque quien acepta morir con Cristo experimenta resucitar con Él, vivir una vida nueva ya desde ahora porque estamos con Él, porque estamos unidos a Él, somos sus amigos.

El secreto de la renovación de todo es, pues, no perder, no rechazar, no descuidar la comunión con Cristo en cada experiencia de la vida. En la prueba nunca deberíamos preocuparnos ante todo por cambiar nuestra vida y nuestra situación, sino por vivirlas con Él.

La pregunta que siempre deberíamos hacernos en cada momento de crisis en el que la vida se desvanece es, pues, una sola: ¿cómo permanezco con Cristo, cómo estoy con Él, cómo camino con Él a través de lo que se me pide que viva hoy, ahora, en cada instante? ¿Cómo vivir con Él la prueba que estoy o estamos atravesando?

Es precisamente en esto donde la vida monástica es, en sí misma, un camino de renovación y resurrección. Porque la vida monástica, desde sus orígenes, está totalmente orientada a elegir y acoger la comunión con Cristo en cada momento y situación del día y en cada etapa de la vida.

Cuántas veces, en cambio, nuestra reacción ante los momentos de crisis y de muerte que atravesamos, tanto a nivel personal como comunitario, es buscar todo tipo de soluciones en lugar de recurrir a la comunión con Cristo, a la que nuestra vocación está totalmente dedicada y para la cual Él nos ofrece todo tipo de ayuda: la vida en el monasterio, la regla, la liturgia, los sacramentos, la Palabra de Dios, la comunidad fraterna, la autoridad que nos guía.

Los gérmenes de la renovación que necesitamos ya están contenidos en todo lo que la Iglesia y nuestro carisma nos ofrecen constantemente para acoger la presencia de Cristo, hasta poder morir con Él para vivir ahora y siempre con Él.

Lo nuevo que Jesús quiere hacer en nosotros y entre nosotros es su amistad, que abarca toda nuestra vida hasta la muerte y la resurrección.